

INTRODUCCIÓN

DOBLE MORAL
¿POR QUÉ ME ACUESTO CON ELLOS
EN LA PRIMERA CITA?

Bueno, pues atrás quedan cuatro horas de mi vida perdidas para siempre.

Mi cita de anoche era un guionista británico de treinta y seis años muy mono, y yo iba vestida para matar con un vestido negro ajustado y unos taconazos de aguja de esos concebidos para lucirlos en horizontal, en lugar de en vertical.

Tras debatir la mecánica de todo, desde *South Park* hasta la teoría de cuerdas de la física de partículas, mientras nos pimplábamos dos botellas de vino en Les Trois Garçons, en el este de Londres, mi cita dejó caer la pregunta bomba:

—Y dime, ¿con cuánta gente te has acostado?

Intenté dar una respuesta imprecisa, pero insistía en que la sinceridad era muy importante para él.

—No, venga, dímelo —me rogó, apoyando su mano en mi rodilla—. Apuesto a que puedo adivinarlo, ¿seis?

En un momento de locura pasajera olvidé que para los hombres la única respuesta «sincera» acerca de nuestro historial sexual debe incluir la frase «¡Tú eres el mejor amante que he tenido en la vida!».

—Añádele un cero a ese número, cariño, y tendrás una cifra aproximada —dije, con una sonrisa dulce y arrojando sin querer la ceja izquierda.

—¿Hablas en serio?

Palideció. Tras la sustancial ingesta de vino tinto, la oscura cabeza disecada que colgaba de la pared resultaba cada vez más siniestra. Incluso aquel alce muerto parecía sentenciarme con la mirada.

—No sé por qué te sorprende. Hablas con una chica que ha pasado la tarde haciéndole una felación a una berenjena.

Le expliqué que había asistido a una clase magistral de sexo oral como parte de mi investigación para una columna que iba a redactar en breve, y dejé caer unas cuantas anécdotas que a mí me parecían divertidas. Pero él ni siquiera hizo amago de sonreír; en lugar de eso, pagó la cuenta y desapareció en medio de la noche.

De regreso a casa, me puse mi uniforme de escribir: unos pantalones de chándal ceñidos a la cintura con un cordón y con las letras «Rock Star» estampadas en la parte posterior, que llevaba desde hacía diez años y que estaban ya para el arrastre, unas pantuflas con estampado de leopardo que empezaban a pelarse por la suela y una camiseta de tirantes de hombre fina como el papel de tanto usarla.

A juzgar por los correos electrónicos que recibo, a la mayoría de los lectores les gusta imaginar que una columnista que escribe sobre sexo se pasea por casa vestida con un negligé de seda rojo y unas zapatillas peludas de tacón alto. Pero yo me reservo los atuendos atrevidos para las citas. Aunque esa noche mi ropa interior no había tenido nada de trabajo... Algunos lectores incluso se refieren a mí como una «putilla pija», cosa que me resulta hilarante porque me demuestra que no tienen ni idea de quién soy. Aunque esté afincada en Londres, procedo del sureste de Estados Unidos, de modo que me pasé

la infancia jugando en los alrededores de aparcamientos para camiones, no en campos de polo. Así que de señorita inglesa, nada de nada.

Me dirigí al frigorífico en busca de una Coca-Cola Light. Como es habitual, en nuestra cocina americana tenemos escasas provisiones: un par de botellas de champán sin descorchar que nos llevamos del estreno de una película hace poco, un bote a medio comer de Nutella y un pan integral que empieza a estar recubierto por una capa de moho.

Nuestra cocina es un páramo culinario. La semana pasada, en un alarde de optimismo, decidí calentarme una sopa preparada. La cocina no se encendía, de modo que llamé al técnico. El hombre estalló en carcajadas al descubrir que llevaba viviendo allí seis meses y ni siquiera me había dado cuenta de que no tenía el gas contratado.

—¡Hola, cielo! ¿Cómo ha ido tu cita?

Mi compañera de piso, Victoria, que es también mi mejor amiga, estaba acurrucada en el sofá viendo *Las amistades peligrosas*. Al contemplarla bajo la luz mantecosa de la lámpara de nuestra sala de estar, me di cuenta de por qué la gente piensa que somos hermanas: Victoria tiene cinco años más que yo y los mismos labios carnosos, ojos color avellana y pelo oscuro. Pero ella mide 1,70 metros y tiene muchas curvas, y yo mido 1,75 y aún me pongo relleno en el sujetador.

Mientras me desplomaba junto a ella en el sofá, le expliqué el acto de desaparición que había perpetrado mi cita, porque sabía que ella me diría si había sido culpa mía. Victoria es esa amiga a la que le preguntaría si unos pantalones me hacen gorda antes de comprarlos porque sé que, tanto en materia de ropa como de hombres, es

brutalmente honesta. Y la quiero precisamente porque no teme decirme la verdad.

—Vaya, ¡qué tontería! —comentó, sacudiendo la cabeza—. No me creo que aún queden tipos a los que les dan miedo las mujeres con experiencia. —Hizo una pausa—. Pero también es culpa de las mujeres. He conocido a chicas que se van a casa con un tipo con el que ya se han acostado antes, simplemente para evitar añadir otro nombre a la lista. ¿Qué clase de lógica moral retorcida es ésta?

—¡Eso mismo digo yo! Leí en el *New Scientist* que la media nacional eran nueve parejas. Pero lo más interesante era que, una vez que las mujeres sabían que estaban conectadas a un detector de mentiras, la cifra se duplicaba.

—Bueno, Cat, hay un viejo proverbio que dice: «Las mujeres mienten a la baja y los hombres al alza.» Y estarás de acuerdo conmigo en que existe un doble rasero respecto a esto. Una mujer que ha tenido un montón de amantes sigue considerándose una puta, mientras que los tíos que ligan sin parar se consideran unos machotes.

—A mí me parece una estupidez. Ya hemos vivido la revolución sexual: las mujeres deberían sentirse libres para quedar y tener relaciones sexuales con quien quieran, como cualquier hombre. A los hombres siempre se les ha permitido ir de cama en cama hasta encontrar a «la mujer de su vida», así que ¿por qué las mujeres deben tener miramientos con respecto a «la lista»?

—Tienes razón —dijo Victoria. Pero entonces una sonrisa socarrona le iluminó el rostro y añadió—: aunque, para serte sincera, ¡a veces siento la tentación de dejar fuera algunos nombres! Por ejemplo, no anoto en mi lista nada que haya durado menos de treinta segundos.

Solté una carcajada y empezamos a debatir qué más cosas «no contaban». ¿La masturbación mutua en el asiento trasero de un taxi? ¿El sexo oral unidireccional? ¿Las relaciones homosexuales?

Y luego está que, con el paso del tiempo, cada vez se me olvidan más cosas. Ahora sólo tiendo a recordar lo verdaderamente bueno, lo verdaderamente malo y lo verdaderamente extraño.

Victoria pareció leerme el pensamiento:

—A medida que me hago mayor me cuesta más llevar un seguimiento. ¿Alguna vez has intentado confeccionar una lista de todas las personas con las que te has acostado, a modo de investigación o algo así?

Solté una risita.

—Eso es lo que hago en lugar de contar ovejitas cuando no puedo dormir.

—¿Aún tienes insomnio? Cat, deja que te dé unas píldoras. Estoy segura de que tengo algún somnífero en mi bolso, por algún sitio.

Victoria es como una farmacia ambulante, pero sabe que yo ni siquiera tomo paracetamol. La cafeína es mi droga preferida.

—No, gracias —le contesté—. Tengo que superarlo sola. Cuando mi cuerpo necesite dormir, dormirá. Es lo mismo que dije sobre el sexo.

—Como quieras, cariño. Entonces, hasta mañana.

Le lancé un beso y me dirigí a mi habitación, que tiene el tamaño de un armario, para dejar vagar el pensamiento. La noche había sido una decepción. Sin embargo, no era la primera vez que mi franqueza con respecto al sexo me había acarreado problemas.

Aún recuerdo mi primera fantasía sexual. La tuve a los cinco años, mientras mi profesora nos leía el cuento

de la Cenicienta en clase. Siempre he sido una niña precoz. Esperé hasta que pronunció el «y vivieron felices y comieron perdices», y luego levanté la mano y pregunté:

—¿Ahora se van a quitar la ropa y se van a meter en la cama para besarse?

La profesora me castigó en un rincón y me dijo que era una niña mala, lo que también me gustó bastante.

Pocos días después de eso, mi mejor amiga, Whitney, y yo discutimos por los cacharros de la Barbie.

—Quiero la casa de ensueño —dijo ella—, porque mi Barbie está casada y tiene tres hijos.

—De acuerdo —le grité—. Mi Barbie es rica y famosa y tiene dos Kens, así que yo sólo quiero el Corvette.

Me temo que, como mi homóloga de plástico en miniatura, desde entonces no he cambiado mucho. Las Barbies de Whitney hacían galletas y cantaban canciones. Las mías se pasaban las noches protagonizando un retablo pornográfico pese a carecer de genitales discernibles. En cuanto a Ken, la estrella del rock, siempre sospeché que sus ajustadas camisas rosas brillantes y los pendientes que llevaba tenían un trasfondo homoerótico.

Pesqué un Marlboro Light aplastado en el fondo de mi bolso y me dispuse a redactar la columna de la semana, pero primero abrí la ventana e intenté divisar a mi vecinito macizo, que tiene unos pectorales de impacto. Por suerte para mí, le gusta caminar por casa sin camiseta. Para mí desgracia, tiene la mala costumbre de cerrar las cortinas. Un aguafiestas. Me acurruqué bajo el edredón con el portátil en las rodillas y empecé a escribir:

Leí en algún sitio que los hombres piensan en el sexo cada siete segundos. A mí me parece bien, porque yo normalmente voy tan salida que acabo follando

en la primera cita. Y algunas amigas mías también lo hacen.

A algunas personas les horroriza que las mujeres admitan que buscan un placer hedonista. En cambio, la mayoría de mis amigos hombres están convencidos de que irán de cama en cama y tendrán aventuras hasta que den con la chica de sus sueños. ¿Por qué tiene que ser distinto para las mujeres?

Precisamente por eso me sorprendió tanto conocer los resultados de un estudio reciente llevado a cabo por la Universidad de Sheffield, según el cual nueve de cada diez mujeres creen que el sexo con amantes esporádicos es inmoral. Según parece, las mujeres solteras rara vez tienen relaciones sexuales por placer físico. Lo hacen más bien como parte de su búsqueda de una pareja a largo plazo.

Además, ¿por qué tienen que ser estas dos opciones mutuamente excluyentes? Con contadas excepciones, la mayoría de mis relaciones serias han comenzado como polvos de una noche en los que la química entre los dos era tal que no podíamos pasarla por alto.

Nunca he entendido a esas personas que afirman que, para encontrar a su alma gemela, lo principal es la compatibilidad y tener una buena conversación. Por supuesto que a mí me interesa encontrar eso, pero también necesito pasión, amor, retortijones de estómago y orgasmos de perder el sentido. Si tengo un flechazo con alguien, prefiero descubrir en la cita dos que en la veinte si somos sexualmente compatibles o no. Si lo que busco es alguien que me escuche, llamo a mi madre por teléfono.

Incapaz de conciliar el sueño otro día más, telefoneé a mi amigo Michael, un ave nocturna como yo, para que me diera su opinión al respecto. Michael y yo nos había-

mos acostado varias veces al principio de nuestra amistad, cosa que nos hizo mejores amigos, porque nos sacudimos de encima la tensión sexual muy temprano. Confío a ciegas en sus juicios en materia de hombres, porque es analista político y se pasa el día desentrañando el significado oculto tras las palabras de nuestros representantes. Es un monógamo en serie que últimamente prefiere dejar pasar un tiempo dilatado entre novia y novia porque es muy exigente escogiendo.

—El problema es la intimidad prematura, no la desnudez prematura —me dijo—. Si me gusta una mujer, la llamo otra vez y punto. No me gustan las personas que levantan barreras artificiales del tipo «Ostras, no puedo hacerlo en la segunda cita, pero en la tercera está bien». No son más que fantochadas. Lo único que demuestra es que esa mujer no tiene la suficiente seguridad en sí misma, cosa que te quita las ganas de todo. Pero, Cat, son casi las dos de la madrugada. ¿Seguro que se trata sólo de un artículo?

No me quedó más remedio que soltar una carcajada, porque, aunque le había dicho que estaba redactando una columna, me conocía lo suficiente para saber que había algo más.

Exhalé lentamente y lancé la colilla de mi cigarrillo dentro de la lata de refresco que acababa de tomarme.

—Bueno, de acuerdo. He tenido otra cita nefasta esta noche.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Me ha preguntado con cuánta gente me había acostado y le he contestado la verdad. ¿Crees que eso los echa para atrás?

—Si te soy sincero, Cat, creo que eso no es asunto de su incumbencia.

—¡Eso mismo pienso yo! Supongo que lo que me pregunto es cuándo voy a encontrar a un hombre capaz de aguantarme. No sé, soy lista, divertida y razonablemente atractiva. ¿Por qué entonces el hecho de que encarne una versión de Garganta Profunda con una berenjena supone una traba?

—Créeme si te digo que pensar en ti abusando sexualmente de una hortaliza pondría como una moto a la mayoría de la población masculina. Creo que es más un problema de él que tuyo. No sé, tal vez tema que alguno de los anteriores sea mejor que él.

—Puede ser, sí —admití, pensando en un ex novio que descubrió que una vez había salido con un fotógrafo semifamoso de Manhattan apodado «El Caballo», y no por sus habilidades ecuestres. Nunca más supe de él.

—Pero he de confesar que acostarse con una columnista que escribe sobre sexo es un poco intimidatorio, como hacerle una operación a corazón abierto a un cardiólogo —continuó él—. Quizá a los hombres les dé miedo tu experiencia. O el hecho de que seas una estadounidense franca y batalladora que, además, es bastante alta cuando se calza unos tacones. Se trata de una combinación aterradora, si te soy sincero.

—¡Pues es un miedo bidireccional! A veces me preocupa que esperen que me metarfosee en alguna especie de supermujer sexual.

Michael soltó una carcajada.

—Bueno, cariño, creo que lo eres bastante. Al menos, de lo que no hay duda es de que eres muy, cómo decirlo, imaginativa.

Reprimí una risa al observarme vestida con aquella camiseta gris descolorida y aquellos pantalones anchos de chándal.

—Si me vieras ahora, estoy de un sexy que tumba —dije riendo, mientras tropezaba con mi rostro en el espejo. Tenía el pelo recogido en una especie de moño con una diadema de tela tejana que no había visto la luz del día desde mediados de los años ochenta—. En cualquier caso, si ahora piensan que estoy buena, creo que me lo merezco, después de todos los insultos que me tragué en la escuela. Las animadoras del equipo de baloncesto eran todas tan monas... y yo parecía un monstruito...

Y eso era por decirlo de una manera suave. En una escuela en la que la idea de moda que tenían las niñas era llevar una camisa con botones, yo llevaba tops de rejilla y manolequinas plateadas. Se reían de mí sin piedad. De hecho, me apodaron «La Marciana» por mi altura y por tener los ojos muy separados.

—Pues tienes suerte, cariño, has superado el estadio de «mona» por completo y has pasado directamente de ser un patito feo a una gatita muy sexy —dijo Michael—. Apuesto lo que sea a que todas esas animadoras ahora pesan ciento veinte kilos, tienen cinco hijos y viven en caravanas en medio del campo.

Solté una carcajada.

—Gracias, Michael. Te llamo mañana, ¿vale?

—Claro. Que duermas bien.

Eso era muy improbable. En las raras ocasiones en las que consigo dormir, tengo unos sueños increíblemente vívidos, cosa que no tendría por qué ser mala, de no ser porque últimamente son sueños eróticos... con Gordon Brown. Me estremezco sólo de imaginar qué pensamientos retorcidos deben de agolparse en mi cabeza para que mi subconsciente me salga con ésas.

Para zafarme de la idea, saqué una libreta con hojas amarillas e intenté confeccionar una lista de todos mis

amantes hasta la fecha. Las primeras entradas estaban profusamente detalladas, mientras que las últimas estaban llenas de vacíos («Número 24: ¿¿Jon o Joe?? Fotógrafo con dientes bonitos»). La vista se me empezó a nublar y sopesé la posibilidad de bajarme algo de pornografía de Internet, pero me da un poco de paranoia dar mi tarjeta de crédito *on-line* y abrirle la puerta a una avalancha de correo basura.

Además, muchos reproductores que ofrecen previzualizaciones gratuitas no son compatibles con mi Mac, y me daba miedo acabar con un puñado de grabaciones memas de «adolescentes» de treinta y cinco tacos teniendo experiencias lésbicas «por primera vez». A estas horas de la noche... Normalmente prefiero las historias eróticas que hay colgadas en Internet y que he organizado perfectamente en carpetas etiquetadas dentro de mi portátil: gay, grupos, etc. Pero esa noche estaba demasiado cansada para fantasías complejas.

Así que me chupé los dedos y deslicé la mano entre las piernas para masajearme el clítoris a un ritmo deliberadamente rápido. Imaginar a mi vecinito entreabriendo sus cortinas para observarme, teniendo una erección y deslizándose las manos por ese estómago duro como una piedra para acariciarse el miembro, viéndome mirarlo, bastó. Tardé en correrme unos noventa segundos.

Después, tumbada en la cama, mientras me recuperaba, pensé en cuánto había aprendido desde que llegué al Reino Unido y empecé a escribir la columna sobre sexo, y en cómo cada una de las citas que había tenido (las buenas, las malas y las peores) me había enseñado algo más sobre lo que buscaba en una pareja.

Ha sido una montaña rusa emocional y física, pero lo que no te mata te hace más fuerte. Y hacía falta mucho

más que un idiota como el de esa noche para desmoronarme.

Sería fantástico que alguno de mis amantes ocasionales se convirtiera en el amor de mi vida. Pero, de no ser así, seguiría respetándolos a todos por la mañana.

Mientras me quedaba dormida, me zafé de Gordon, que intentaba abrirse camino de nuevo hasta mi fase de sueño REM, y empecé a pensar en cómo había empezado mi carrera como columnista sexual de un diario.

UNO

Como tantas cosas en la vida, mi columna sobre sexo en *The Independent* comenzó con un final. Por mucho que la mayoría de la gente afirme odiar las frases típicas de ruptura, tiene que haber alguna razón por la que «No eres tú, soy yo» se ha convertido en una muletilla tan frecuente en las relaciones como «Te quiero». Lo descubrí a las malas el día en que mi ex novio Patrick me dio una patada en el culo.

Nunca he creído demasiado en la idea intrínsecamente femenina de «cerrarse», pero el truco para sobrevivir a lo que yo denomino la «entrevista de salida de una relación» consiste en concentrarse, no en lo que dice tu pareja, sino en lo que intenta ocultar.

Por desgracia para la mayoría de nosotras, la frase «Necesito un poco de espacio» suele acabar con un «... para dormir con otras personas». Y, en la misma línea, a «Tenemos que ir más lento» habría que añadirle «... para que pueda mantener mis opciones abiertas, en caso de que alguien más interesante/rico/guapo se cruce en mi camino». Esto no siempre es malo. De hecho, decir una mentira a medias para dar el pistoletazo de salida a una ruptura a menudo ahorra mucho tiempo y dolores de cabeza a la persona a la que dejan.

Pero Patrick era distinto, o eso creía yo. Nuestra relación se basaba en una «sinceridad total», que fue lo que me llevó a trasladarme a su casa después de un tórrido romance de cinco meses de duración, aunque yo seguía viviendo en Manhattan por entonces y él trabajaba como banquero en la City, el distrito financiero de Londres.

Hacía poco que había dejado mi trabajo como cronista social en Nueva York y llevaba años flirteando con la idea de trasladarme a Londres de forma permanente. Pensaba que, con mis años de experiencia en periodismo, conseguir un trabajo o, al menos, un contrato en prácticas no podía resultar tan difícil. En los últimos meses había empezado a viajar allí para asistir a algunas inauguraciones.

Visto en retrospectiva, mi éxito laboral en aquella época era casi tan pobre como mi éxito con los hombres. Mis esfuerzos en Londres no habían sido tan fructuosos como había previsto: *The Independent* había mostrado interés en los artículos que les había enviado, pero hasta la fecha sólo les había vendido uno, y mi último trabajo en prácticas (un eufemismo de «esclavitud laboral», como descubrí al poco tiempo) en *The Times* tuvo un abrupto final cuando eché a perder una guía de espectáculos de la ciudad al listar una obra de teatro de Kevin Spacey estrenada el año anterior.

—Con sólo dieciséis palabras he conseguido mandarlo todo al traste —me lamenté cuando me despidieron.

Así que había continuado aumentando mis ingresos aceptando encargos de Nueva York como *freelance*, el último de los cuales era escribir artículos para una guía de moda. Diariamente me pateaba Manhattan de arriba

abajo, y por la noche me pasaba horas colgada del teléfono hablando con Patrick sobre nuestro futuro juntos, con el consiguiente aumento de la factura.

Hasta que pensé que estaba lista para aceptar su oferta. Hice las maletas y me preparé para vivir la aventura de mi vida.

Pero dos días antes de la fecha de mi vuelo a Londres, Patrick me envió un correo electrónico diciéndome que creía que «íbamos por caminos distintos» y que no quería volver a verme en su vida. Sin el más mínimo atisbo de ironía, Patrick insistía en que nos viéramos una última vez en el pub Bleeding Heart de Farringdon, donde me explicaría por qué quería romper conmigo.

Estaba conmocionada, pero eso no quita para que sienta un ataque de vergüenza cuando recuerdo el patético atuendo que seleccioné para ese día. Para las mujeres, sólo hay un conjunto más importante para una relación que el que lucen en la primera cita: el conjunto del día de la ruptura.

Con las piernas afeitadas, la línea del biquini depilada y las cejas definidas a la perfección, embutí mis caderas talla 34 en una falda de tubo negra que sabía que le encantaba, me puse un palabra de honor con una fotografía de Blondie serigrafada, mi cazadora de cuero gastado y unos Christian Louboutin con unos taconazos de aguja de diez centímetros. Debajo llevaba mi corsé de encaje de La Perla, por si acaso la cosa acababa bien.

«Ya no siento lo mismo que sentía y pienso que es mejor que dejemos la relación», me había escrito. Aquellas palabras no encerraban ninguna ambigüedad, pero supongo que, de alguna manera, yo esperaba que se abalanzara sobre mí, confesara haber padecido un ataque de locura pasajera al enviar aquel mensaje, me tomara en

sus brazos y exclamara: «¿En qué diantres estaría yo pensando?»

Pero un simple vistazo a la iluminación intensa y a los rostros tensos de las parejas que había a mi alrededor me dijo que no habría reconciliación: el Bleeding Heart, «el Corazón Sangrante», como su nombre indica, era un lugar en el que las relaciones morían. La estancia era lo bastante íntima como para asegurarse de que no me pondría a gritar ni «montaría un numerito», y las mesas eran lo suficientemente anchas como para que no pudiera arrancarle los ojos o lo que sea que los hombres imaginan que las mujeres hacen cuando las dejan.

Llegué con un cuarto de hora de adelanto, con la esperanza de haberme trincado medio Martini y un cigarrillo furtivo para aplacar los nervios antes de que él entrara. Pero Patrick ya estaba sentado a una mesa en un rincón, con el nudo de la corbata flojo y un poco despeinado, pero con un aspecto sensacional. Parecía estar enviando un mensaje de móvil.

Intentó ponerse de pie cuando nuestros ojos se encontraron, pero se dio un golpe con la rodilla en la mesa y contuvo el aliento de dolor. Luego me dio un beso mecánico en la mejilla.

—Hola, Cat, hum, ¿quieres beber algo? —dijo, metiéndose el móvil en un bolsillo.

—¿Tú qué tomas? —le pregunté, intentando mantener un tono normal, aunque la voz me temblaba. Tras mi fachada de estrella del rock, era un puro manojo de nervios.

—Un zumo de tomate —contestó sin más.

Para un tipo medio irlandés que bebe Guinness como si fuera agua, eso no auguraba nada bueno.

—Yo tomaré un vodka con tónica, por favor. Doble.

Me senté y me quité las gafas de sol, mientras intentaba calmar el temblor de mis manos. A diferencia de la mayoría de mis amigas, prefiero beber a comer para hacer frente a las adversidades. Tiendo a darle demasiadas vueltas a todo, así que en los momentos en que me ponen a prueba me pego unos lingotazos de aquí te espero para amortiguar el dolor de mi cerebro.

El truco es mantener siempre el colocón en ese punto justo de ebriedad que te hace sentir achispada pero no taciturna, y que para mí suele situarse más o menos en las tres copas. Más de eso y me pongo a llorar en los lavabos o me siento en el regazo de alguien al azar. Es un equilibrio delicado.

Una vez que Patrick regresó con mi copa, se sentó y clavó su mirada en mí, no perdí ni un minuto.

—¿Hay otra persona? —le pregunté, reprimiendo las lágrimas. No iba a llorar. No pensaba darle esa satisfacción—. Lo entiendo si la hay. De hecho, creo que me ayudaría a aceptar por qué ha ocurrido esto.

Suspiró y se aflojó más aún la corbata.

—Ojalá fuera tan sencillo —contestó, bajando la mirada con cautela y rodeando con su mano aquel vaso con líquido rojo viscoso.

Siempre me han gustado las manos de Patrick. Mis amigas se guían por la talla de pie de los hombres, pero yo nunca he sido capaz de mirar aquellos dedos largos y gruesos sin imaginármelos deslizándose dentro de mí, dándome placer.

—No creo que te hagas una idea de lo duro que es esto para mí —remató.

—¿Duro para ti? Durante meses me suplicaste que me fuera a vivir contigo y luego, cuando dejo mi trabajo

en Nueva York, mi apartamento y faltan dos días para coger el avión, me dices que no tengo ningún sitio en el que vivir... ¿En qué pensabas? ¿Es que no te importo nada?

El corazón me iba a mil por hora y, pese a la seriedad de la situación, sentía un cosquilleo de placer. «Aunque no solucionemos todo este embrollo —pensaba—, un polvo de reconciliación sería genial.» Supongo que las palpitaciones y el colocón me hicieron sumirme en pensamientos de un indulto temporal. Seguí soltándole un rollo sobre el trabajo como una posesa, porque sabía que en cualquier momento habría una pausa en la conversación, ésta tocaría a su fin y el dolor sería demasiado insufrible para soportarlo. Además, Victoria no salía del trabajo hasta las siete y media y no tenía un juego de llaves de sobra. Aunque hacía sólo tres semanas que nos habíamos conocido, en la peluquería, había cuidado de mí con todo su cariño en aquellos momentos bajos y me había dado cobijo en su piso.

Podía escoger entre aquello o llorar en un Starbucks embutida entre turistas con maletas con ruedas. Era un asco no tener un lugar en el que caerse muerta.

También pensaba que, posiblemente, nunca más volvería a follar con él, y no estaba segura de cuándo volvería a tener una química tan buena con alguien. En parte, romper con alguien es un rollo porque, cuando uno está en pareja, se vuelve perezoso: las dos personas acaban por conocer las preferencias sexuales del otro y están completamente sincronizadas. La mera idea de volver a invertir toda esa energía y tiempo en otra persona, después de que me hubieran dado la patada, me parecía desalentadora. Sentía náuseas.

Suspiró.

—Lo hice porque, para ser sincero, pensé que te quedarías en Nueva York después de recibir mi mensaje.

Eso me encolerizó más que todo lo que había dicho hasta entonces. Él sabía que quería trasladarme a Londres desde que había visitado la ciudad a los catorce años con la coral de la escuela y había logrado escabullirme de los adultos e ir a un pub por primera vez. Me había enamorado por primera vez en el Reino Unido, no de un hombre, sino de la cultura del alcohol. Y aunque escribir sobre los Oscar había sido divertido, empezaba a aburrirme seriamente el hecho de tener que escribir sobre gente famosa y sus problemas, por lo demás bastante frívolos. Bastantes problemas frívolos tenía yo ya...

Me di cuenta de que, si no hacía algo, un día me levantaría, tendría cuarenta y cinco años y seguiría refiriendo como un loro acontecimientos de la cultura popular e intentando analizar el declive de las bodas entre las estrellas del pop. No conocía a nadie en Londres, pero eso nunca había sido un impedimento para mí. Me encantaban los desafíos.

—Patrick, llevo un año hablando de trasladarme a vivir a Londres. Desde que te conocí. ¿Qué te induce a pensar que ahora vaya a cambiar de planes?

—Bueno, pues... ¿qué es exactamente lo que quieres hacer aquí?

Lo vi echar un vistazo furtivo a su teléfono. ¿Tendría una cita con otra persona? ¿Tal vez con esa rubita que se sentaba a su lado en el trabajo, la que siempre insistía en decir que no era «más que una amiga»? Quizá me estuviera volviendo un poco paranoica. Pero tampoco importaba.

—Supongo que pensaba que te trasladabas para estar conmigo. No sé, no es que tu trabajo en prácticas y sin sueldo vaya viento en popa, que digamos.

Me sentí como si me hubieran dado una bofetada. A los veintisiete años me resultaba difícil bajar de categoría y pasar de mezclarme con famosos gracias a mi trabajo como coarticulista de una columna de cotilleos de moda en Nueva York a llevarle tazas de té al malhumorado editor de *The Times*, que además no se cansaba de decirme que no estaba seguro de si yo tenía «cualidades» para redactar artículos. Y eso antes de meter la pata de forma espantosa con la debacle de Kevin Spacey y que me despidieran...

Respiré hondo.

—Bueno, lo que me apetece es escribir una columna sobre sexo para un diario de tirada nacional. *The Independent* se ha mostrado muy receptivo a todas las ideas que les he enviado y ya me han publicado un artículo. Espero que en algún momento haya una vacante en la plantilla. Sólo tengo que ser constante y asegurarme de estar en el lugar adecuado en el momento oportuno. Llegue cuando llegue.

—¿Ves? A eso me refiero, Cat —dijo él exasperado—. No puedo salir con alguien que tiene la cabeza en las nubes todo el tiempo. ¿Una columna en un diario nacional? Algunos de nosotros tenemos sueños realistas.

«A tomar viento», pensé.

Tal vez pudiera dejarme, pero lo que no iba a consentirle es que pusiera en duda mi valía profesional. ¿Cómo se atrevía?

—Tengo que ir al lavabo —espeté, porque sabía que no iba a ser capaz de reprimir las lágrimas por más tiempo.

Abrí la puerta de un golpe, me acerqué al lavamanos y puse en marcha mi truco de la escuela primaria de darme una charla frente al espejo. «Eres una estrella del rock —me repetía, serenándome apoyada contra una pared de ladrillo que se desmoronaba, mientras me retocaba el rímel e intentaba regular mi respiración—. Tú eres una estrella del rock y él es un idiota.»

—¿Te encuentras bien, guapa?

Me volví de golpe y vi a un chico alto, flaco y greñudo apoyado contra un urinario. Con las prisas de huir de aquella escena, había entrado en el servicio de hombres. Fantástico. La noche iba de mal en peor.

—Sí, estoy bien. Es que me acaban de dejar ahí fuera e intento mentalizarme. Pero no es nada preocupante.

—¿Que alguien te ha dejado a ti? —preguntó muy amablemente, con una sonrisa en aquel rostro amigable y franco—. Ese tío debe de estar loco.

Llevaba una camiseta de los Sex Pistols con unos tejanos rotos en puntos estratégicos. Hice acopio de todas mis fuerzas para sonreírle. Le agradecía sinceramente que no creyera que alguien pudiera dejarme.

—¿Seguro que se ha acabado? —me preguntó, acercándome un poco de papel—. No sé, ¿no crees que podéis arreglarlo?

Me soné los mocos con gran estruendo y arrojé el papel, desintegrado, a una papelera.

—No, creo que se acabó lo que se daba. Pero gracias, hummm, ¿cómo te llamas? Yo soy Cat.

—Nick —contestó y me dio un apretón de manos antes de que nos encamináramos hacia la puerta. Dudó un instante—. Oye, sé que esto puede sonar un poco raro, pero ¿quieres que te dé mi teléfono por si necesitas algo?

Por mi mente cruzaron un sinnfín de razones por las cuales aquélla era una mala idea. «Es demasiado pronto. No te conozco. Tienes un vello facial muy antiestético.» Pero me encontré rebuscando en el bolso; el tiempo que tardé en encontrar algo para escribir me indicó que me hallaba a un paso de estar como una cuba.

—Vaya, tengo bolígrafo, pero no papel —dije, alargando la mano—. Apúntamelo en el dorso por si me la tengo que lavar —añadí con una sonrisa débil.

Nick garabateó un número de móvil y sostuvo mi mano un poco más del tiempo estrictamente necesario.

—Escucha, mis amigos y yo vamos a una disco de rock esta noche, llámame si te apetece, a cualquier hora. Buena suerte, Cat.

Salí del lavabo detrás de él y sentí que el corazón se me caía a los pies cuando regresé a nuestra mesa. Era una escena de lo más surrealista. La última vez que había visto a Patrick me había preparado el desayuno y me había dado un beso de despedida antes de que partiera rumbo al aeropuerto para ir a cubrir un nuevo encargo como *freelance* en Nueva York. Él llevaba puesto mi traje preferido, manteniendo esa ilusión de control viril que me había seducido al conocerlo.

Patrick y yo nos conocimos durante uno de mis viajes a Londres, mientras aún me debatía entre si lanzarme a la aventura y trasladarme a la ciudad de forma permanente. Puesto que no conocía a casi nadie en la ciudad, había acudido sola a la fiesta de Amy, una amiga de una amiga, y me pasé gran parte de la noche hablando con el padre de la homenajeadá, un italiano, mientras él se me comía el escote con los ojos. Mi italiano se limita a las canciones

de Frank Sinatra, de modo que recurrí a la mímica mientras daba cuenta de una copa de vino. En circunstancias normales, probablemente no habría charlado con extraños, pero en aquella fiesta resultaba difícil infiltrarse en un grupo.

En Nueva York, la gente acostumbra a darte la bienvenida con un «¿A qué te dedicas?», pero allí parecía que los lazos entre las chicas dependían de las escuelas en las que habían estudiado. Es más que posible que fueran el tipo de chicas que llevan pamelas extravagantes a los acontecimientos deportivos en verano. Yo no encajaba con ellas.

—Esta fiesta es un muermo —me susurró al oído una voz de barítono—. ¿Qué me dices de salir a la terraza y compartir una botella de vino?

Giré sobre mis talones y me encontré con un tipo alto y de complexión fuerte, con el pelo moreno, unos ojos verdes demoledores y un acento muy pijo inclinado hacia mí, con una botella y dos copas en la mano. No es que me desbordara la pasión, pero ya había descubierto, y de mala manera, la idea que la mayoría de los hombres británicos tienen de abordar a una mujer, que consiste en intercambiar miradas furtivas en un pub hasta tomarse la duodécima pinta de valor líquido, momento en el que sueltan algo tan encantador como «¡Bonitas tetas!» y salen a trompicones a la calle. Así que no tuve más remedio que darle puntos por intentarlo.

Toqué el tapón de la botella.

—Sólo quiero asegurarme de que aún no está descorchada y no eres ningún violador o asesino en serie que almacena cabezas de sus víctimas en la nevera. No tengo nada en contra de los descuartizamientos en sí, pero prefiero que mis citas los guarden en el sótano. La ver-

dad es que lo contrario me parece una guarrada —dije haciendo uso de mi acento fingido de niña pija mientras ponía los ojos en blanco.

Soltó una carcajada

—Debes de ser estadounidense. Bien, debo admitir que nunca salgo de casa sin mis tranquilizantes, pues lo contrario podría mermar mi cuota de éxitos. Pero aún no me he licenciado en homicidios.

Hum, mono y con un sentido del humor sarcástico. La cosa empezaba a ponerse interesante. Durante la hora siguiente descubrí que se llamaba Patrick, que trabajaba en el sector de las finanzas de alto riesgo y que tenía treinta y pocos años.

Amy me advirtió de que tenía cierta reputación de «mujeriego», cosa que, lógicamente, sólo hizo que lo deseara más.

En Nueva York, y habida cuenta de la locura de mi trabajo, siempre acababa enamorándome de motoristas tatuados, de chicos malos que nunca invadirían la realidad nítidamente regimentada de mi vida cotidiana. Pero aquél era un hombre de verdad, con un trabajo adulto. Me encantan los hombres vestidos de traje, porque me imagino desnudándolos y desenterrando su lado más salvaje.

Nuestra primera cita tuvo lugar dos noches después. Nos tomamos dos botellas de champán durante una cena de cuatro platos en el Hakkasan.

—Cat —dijo, acariciándome la cara en el taxi—, ¿por qué no puedo dejar de pensar en ti?

Es la típica estratagema de los hombres normalitos. Te sueltan frases como «No me rompas el corazón», que complementan con carita de perro abandonado, justo hasta el momento en el que te sientes cómoda en la rela-

ción. Entonces se produce una vuelta de tuerca que es como si te amputara un dedo un chihuahua con cara de bueno.

Pero caí en la trampa de lleno. Fuimos a un club hip-hopero de la escena alternativa cerca de King's Cross donde el porcentaje de detectores de metales en relación con los clientes era aterradoramente elevado. Nos abrimos camino entre la muchedumbre sudorosa para llegar la barra, donde esperé hasta que apurábamos el último tercio de nuestra segunda cerveza antes de dar el paso clave.

—Se está bien —dije, cogiéndole la mano y entrelazándola con la mía—. Hay un silencio cómodo.

—Es fantástico —dijo—. No recuerdo haberme divertido tanto antes. De verdad. Siento que podría estar hablando contigo toda la noche.

—Pues ahora que lo mencionas... —dije, deslizando mi mano de la barra a su rodilla e inclinándome hacia él con complicidad—. Si tenías previsto pedirme que fuera a tu casa, éste es el momento idóneo.

Parecía perplejo, y encantado.

—Hum, claro, si quieres que vayamos, por mí encantado —dijo, pidiendo la cuenta con el gesto universal de hacer ver que escribes en un papel.

Ni siquiera nos habíamos dado un beso. Pero yo soy de esas personas que detestan las transiciones incómodas: prefiero pagar toda la cuenta del restaurante a discutir sobre quién ha tomado el agua mineral y la ensalada y quién el foie gras. Si lo dejaba en sus manos, temía que nos encontraríamos en el dilema de darnos un beso «en la mejilla o en los labios» mientras parábamos un taxi. Por pura educación y por temor a ofenderme, probablemente se habría marchado al concluir la noche.

Y yo estaba demasiado excitada para permitir que eso ocurriera.

Diez minutos después estábamos en un taxi rumbo este, y sus manos iban rumbo al sur. Deslicé mis piernas sobre su regazo y apoyé la cabeza en su hombro. Entonces nos besamos y yo le aparté una mano de mi mejilla y empecé a lamerle los dedos. Gimió y pude notar su excitación bajo mis piernas. Al instante estaba completamente húmeda: siempre me ha dado vergüenza mojarle tanto; estaba a punto de mojarle el pantalón y el asiento. No le dejé que me tocara porque estaba tan caliente que temía correrme allí mismo, y aún no estaba lista para hacerlo. Deslicé mi mano por su muslo, hacia arriba, hasta alcanzar una distancia peligrosa, pero seguí jugando con él.

El taxi nos dejó a las puertas de su apartamento, que estaba en uno de los rascacielos del este de Londres, y su lengua se volvió más insistente. Luego le saqué la mano de mis braguitas.

—¿Notas lo húmeda que me pones? —le susurré al oído.

—Me muero de ganas de notarte de verdad —dijo, moviendo los dedos en suaves círculos por fuera de mi ropa interior, volviéndome absolutamente loca.

Para cuando cerramos la puerta, la ropa ya volaba por los aires. Una vez nos quitamos la parte de arriba, le pedí un vaso de agua. Mientras él iba a la cocina, me maravilló la pulcritud de su vida: los trajes de Zegna y Armani colgados en perchas fuera del vestidor, probablemente porque los habría planchado la asistenta esa mañana. Me pregunté, ya entonces, si mi vida caótica podría encajar alguna vez con su existencia del tipo «si es martes, toca camisa rosa». Lo envidié.

Recuerdo enroscar las piernas alrededor de él y notar con sorpresa lo seguro que parecía. Tras toquetearnos un par de minutos, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un preservativo.

Esto saca a colación otro dilema: hacía mucho tiempo me había hecho experta en el arte de poner un condón sin usar los dedos. El momento profiláctico es un momento crítico: algunos hombres se quedan congelados como un ciervo cazado con los focos de un coche y pueden marchitarse a la más mínima interrupción. Quería volver a ver a aquel tipo y no me apetecía intimidarlo con mi experiencia. No era necesario sacar los látigos y las cadenas en nuestra primera noche.

Decidí que fuera él quien se ocupara del asunto, deslizándolo mi mano entre sus piernas para acariciarle los testículos mientras él se ponía el condón.

—Que dura se te ha puesto —susurré.

Nunca me ha supuesto un problema decir guarradas. A menudo basta con verbalizar lo evidente o añadirle un poco de imaginación, más o menos como cuando los chicos dicen «¡Ostras! ¡Qué alta eres!» o «Llueve mucho, ¿verdad?».

Me tumbó en la cama con las rodillas dobladas a un lado, me separó los muslos y deslizó su lengua dentro de mí. Incluso en mi estado de ebriedad pude apreciar que lo que le faltaba de técnica lo colmaba con entusiasmo. Pero tres bebidas normalmente es mi máximo para correrme con un cunnilingus, e incluso así puede llevarme veinte minutos.

La mayoría de los hombres no saben que el momento para practicarle sexo oral a una mujer es después de follar con ella unos minutos, tras un poco de estimulación del punto G, para conseguir que alcance el clímax.

Tratan el sexo como un guión con un principio, un desarrollo y un final. Pero no era momento de ponerse a hablar sobre analogías literarias.

De modo que me senté.

—Quiero notarte dentro de mí —murmuré, y no hizo falta insistir más.

Por mucho que me guste contorsionarme, la postura del misionero sigue siendo una de mis favoritas. Creo que es porque no tengo que preocuparme por imitar el *Kamasutra*: me basta con tumbarme y dejarme ir.

Le enrosqué las piernas alrededor de la cintura e hice palanca con los tobillos (otra ventaja de medir 1,75 metros). Él se echó hacia atrás para observar cómo se introducía dentro de mí. Siempre he sentido celos de la capacidad de los hombres de verlo todo. Una mujer puede ser una maestra de yoga dentro de un salón de espejos y, pese a ello, no conseguir ver la imagen al completo.

—Dios, es fantástico —dijo él, mirándome—. Eres sensacional.

No importa las veces que me lo hayan dicho, nunca me canso de oírlo. La única frase que me provoca el mismo tipo de placer es cuando alguien me mira preocupado y me dice: «¡Qué delgada estás! ¿Seguro que comes bien?»

Entonces apreté las piernas y coloqué mis tobillos por encima de sus hombros, arrugando las sábanas entre mis puños mientras él me embestía más y más fuerte, hasta el final, y murmuraba que estaba a punto de correrse.

—¿Te importa si me toco? —le pregunté, acariciándole el clítoris con los dedos antes de esperar respuesta alguna (deduzco que supuso que era una pregunta retórica).

—Me pone muchísimo verte —dijo, gruñendo y acelerando el ritmo de sus embestidas.

Me desconcierta por qué las mujeres tienen tanto trauma con masturbarse delante de los hombres: a ellos parece encantarles. Pero a mí también me gusta verlos tocarse... Me acaricié el clítoris al ritmo de sus embestidas y sentí cómo me apretaba alrededor de su miembro y me aferraba más y más fuerte hasta que empecé a notar los espasmos del orgasmo.

En cuanto me corrí, él se corrió dentro de mí, y luego los dos nos tumbamos, respirando entrecortadamente, en la oscuridad.

—Antes me decías que en Manhattan tenéis una «charla» antes de decidir si sois novios, ¿recuerdas? —me preguntó.

—Sí... —contesté, poniéndome boca abajo y moviendo mecánicamente las caderas contra la cama: me estaba preparando para el segundo asalto.

—Bueno, pues para que no haya confusión posible, quiero que seas mi novia —aclaró, con un tono de voz suave pero insistente—. Quiero que seas mi pareja.

Ya entonces me di cuenta de que aquel tipo no estaba acostumbrado a aceptar un no por respuesta.

De regreso en el Bleeding Heart, la diatriba seguía su curso. Para cuando Patrick llegó a la frase «No eres tú, soy yo», sentí nostalgia de mi novio de la infancia, que me dejó en medio del parque gritando: «¡Te dejo! ¡Apestas!» Al menos él fue directo.

—Oye, permíteme que te detenga aquí. No hay modo de hacer que una ruptura «no sea personal». Si no quieres estar más conmigo, soy una mujer adulta y puedo so-

brellevarlo. Pero te agradecería sinceramente que no intentaras darme lecciones.

Cogí una servilleta y me enjuagué las comisuras de los ojos, donde la máscara de pestañas empezaba a convertirse en tinta china.

—Bueno, supongo que no queda mucho más por decir. Espera, ¿qué demonios es eso? —preguntó al ver los garabatos escritos a boli en el dorso de mi mano.

—Ah, me he tropezado con un tipo en el baño que quería quedar conmigo esta noche y decía que estaba preocupado por mí—. Pese a contener el aliento, sentí cómo una lágrima traidora se deslizaba por mi mejilla—. Al menos alguien lo hace.

—Vaya, parece que no te ha costado mucho volver a ponerte en órbita —espetó—. ¿Te parece bonito? —entornó los ojos y vi un destello de algo desagradable merodeando en ellos.

Había visto aquella mirada antes, y no me gustaba nada.

Nuestra primera pelea había tenido lugar después de cinco semanas de la más absoluta de las dichas. Fuimos a una fiesta con unos cuantos amigos de Patrick y yo empecé a charlar con su prima Celia. Ella me había confesado antes que le gustaba un tío con rastas que estaba de pie junto a la barra. Cogiendo de la mano a Patrick, le dije a Celia que debería ir a hablar con él.

—Es muy mono —dije—, y es una fiesta de cumpleaños, así que probablemente conozca a alguien aquí. Ven-ga, ¡estás estupenda! Seguro que se considera afortunado.

—Me da apuro —susurró ella—. Tú eres buena en este tipo de cosas, Cat. Creo que las estadounidenses sois más directas. ¿Te importaría entrarle tú por mí?

—Claro que no —dije, soltando una risita mientras me acercaba al tipo y me presentaba como alguien con una amiga a la que tenía que conocer mejor.

Diez minutos después volvía con él, triunfante, y se lo presentaba a Celia. Empezaron a conversar y yo estaba pletórica por lo bien que habían ido las cosas cuando Patrick me agarró de la muñeca y me llevó a un rincón a rastras.

—¿Qué diablos crees que hacías pasando de mí de ese modo? —me preguntó.

Me quedé perpleja. Repasé a toda prisa los acontecimientos intentando averiguar qué podía haberle molestado.

—Sólo intentaba ayudarla a ligar —dije con voz trémula.

Él hizo chirriar los dientes y empezó a sermonearme.

—¡Eres mi novia! —gritó—, y estabas hablando con ese tipo que intentaba ligársete delante de todos mis amigos...

—Eh, un momento —lo interrumpí—, esto es de locos. He venido aquí contigo, todos tus amigos lo saben. Y sólo estaba hablando con él.

El numerito de Dr. Jekyll y Mr. Hyde de Patrick era tan desorbitado que empecé a preguntarme si se me habría ido la cabeza. Estaba bastante borracha, así que quizá había flirteado un poco con él. Ahora, visto en perspectiva, me resulta más fácil entender a las mujeres que sufren malos tratos psicológicos. Todo empieza de forma tan inocente...

Aunque estaba perdidamente enamorada de él, con la sabiduría que da la experiencia debería haber sospechado que nuestra relación estaba abocada a durar sólo un par de meses después del incidente de la fiesta.

Estábamos en Roma disfrutando de un fin de semana romántico, paseando agarraditos de la mano.

—Es tan agradable estar con mi novio, cogidos de la mano, disfrutando de una tarde sensacional —dije, acurrucándome junto a él—. Nunca pensé que esto pudiera pasarme a mí.

Bajó la vista y me apretó un poco más.

—¿A qué te referías? ¿Es que no paseabas cogida de la mano con tus ex?

Hice una pausa, ralentizando el paso.

—Pues la verdad es que no. Nunca he sido una persona muy tocona en público. Pero me gusta ir cogida de la mano contigo.

—¿Y qué me dices de tu ex novio el camarero? ¿Nunca íbas de la mano con él?

Noté que algo malo se avecinaba. La cadencia de su voz no presagiaba nada bueno. Pero contesté con titubeos, sin entender muy bien cómo un paseo tan agradable podía haber dado un giro tan brusco. Ahora sé que buscaba la respuesta correcta. Mala señal.

—Bueno, no, porque no era un novio en toda regla —dije, sonrojándome.

Me dije que no tenía nada de lo que avergonzarme. Aquello formaba parte de mi pasado, y todo había ocurrido mucho antes de conocer a Patrick.

—¿Qué quieres decir con que no era tu novio? Te acostabas con él, ¿no?

Seguía manteniendo un tono informal; a veces sus ataques verbales eran sutiles. Noté que el pelo de la nuca se me erizaba.

—Bueno, me refería a que... Sí, me acostaba con él, y fue la única persona con la que me acosté durante varios meses, pero éramos más «amigos con derecho a

roce» que novios. No estaba enamorada de él. Por eso no lo considero mi novio.

—Pues si no era tu novio, Catherine, ¿por qué demonios esperabas que apareciera en la clínica? ¿O que te diera dinero? No me sorprende que se desentendiera del asunto. Probablemente no sabía quién era el padre. No sé, me da la sensación de que en aquella época eras un poco putilla.

De acuerdo con las leyes de la física, nada había cambiado. Seguíamos en Roma, conversando frente al Coliseo, y el sol seguía avanzando en dirección oeste en el cielo. Cualquiera que nos observara desde fuera habría visto a una pareja de novios un poco achispados. Y, sin embargo, las placas tectónicas de nuestra relación se habían desplazado de forma irrevocable. En aquel preciso instante tuve el primer destello de duda: dudé que él fuera la persona que yo creía. Empecé a llorar, me enfadé un poco y entonces se disculpó.

Aquella noche echamos un polvo mecánico. Le clavé las uñas en la espalda, pero no de placer, sino porque quería hacerle daño. No era mi alma gemela, se había devaluado al papel de consolador humano. Empecé a recluirme en mí misma para que no pudiera herirme otra vez.

Me había arriesgado a revelar mi secreto mejor guardado, el más oscuro, y él había aguardado al momento perfecto para utilizarlo como arma arrojadiza. En aquel instante me asaltó la sospecha de que, al contrario de lo que había afirmado en el pasado, no le gustaba que yo tuviera experiencia. Lo detestaba. Creo que, por alguna idea retorcida que no alcanzo a comprender, estaba celoso.

Los hombres siempre dicen que quieren una pareja de igual a igual, pero en la mayoría de las relaciones que he

tenido siempre ha habido un momento crucial en el que me he sentido como el personaje de Jack Nicholson en *Algunos hombres buenos*, cuando grita desde el estrado de los testigos: «¿La verdad? ¡Tú no soportas la verdad, hijo!»

Ahora me doy cuenta de que era tan vulnerable frente a Patrick porque él explotaba mi máxima debilidad: el acontecimiento de mi vida en el que sentí que había perdido el control y me culpé por ello. Apliqué mis dudas porque pensaba que estaba enamorada y no quería enfrentarme a la enormidad de mi error.

En el pub, volví bruscamente al presente.

—¿Y a ti qué coño te importa? Has dejado muy claro que te importa un comino lo que me suceda.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Cómo vas a regresar a casa? ¿Te acompaño hasta el metro? ¿O vas a coger un taxi?

Podía notar por su tono que quería estar en otro sitio, probablemente con la chica a la que le estaba enviando mensajes con el móvil y me preguntaba por puro compromiso, como si tuviera que escoltar hasta casa a la típica pariente de turno que se pasa con el alcohol y abusa de la hospitalidad en navidades. Y eso hizo que mi respuesta sonara aún más patética.

—Quiero regresar a casa con mi novio —dije, con la voz rota—. Sigo enamorada de ti y no tengo ni idea de qué ha ido mal entre nosotros.

Suspiró.

—Cat, eso no va a suceder —dijo—. Lo que ocurre es que no le veo futuro a esta relación, no me veo con alguien que no tiene un trabajo de verdad ni planes de futuro.

Respiré hondo. Me habría gustado decir que mantuve la compostura, pero la verdad es que me eché a llorar como una niña.

—Bueno, siento que pienses eso de nosotros, Patrick, porque yo estaba... estoy perdidamente enamorada de ti y no había caído en la cuenta de que nuestro futuro juntos dependía de que yo tuviera un currículum intachable. Pero ya me abriré paso en esta ciudad, con o sin ti.

—Seguro que lo harás —dijo con una sonrisa tonta.

La sinceridad de su tono me irritó. Pero bajo el dolor sentía algo mucho más fuerte que tenía miedo de destacar. Era rabia. O quizá una indignación justificada. Evidentemente, sabía que aquella ruptura era para bien, pero estaba tan hecha polvo por haberlo echado todo a perder... Supongo que pensaba en Patrick como un aterrizaje seguro, puesto que me mudaba a un país en el que no conocía a casi nadie. En el fondo no podía dejar de pensar: «¿Y qué ocurre si tiene razón sobre el futuro de mi carrera? ¿Qué pasa si soy una perdedora fantasiosa abocada a prepararle el té a un jefe el resto de mi vida?» El hecho de que me dejara parecía un presagio del mal que estaba por llegar.

Lo odié por ser tan franco, y me odié a mí misma por ser tan patética. Salimos a la calle, donde cortinas de una sucia lluvia aparentemente incesante atacaban con violencia mi paraguas barato comprado en Nueva York, que era una cutrez.

—Bueno —dije—, entonces adiós.

El hombre que tres semanas antes afirmaba que no podía vivir sin mí no fue capaz de darme más que un triste y poco entusiasta abrazo, sin demasiado roce, el tipo de abrazo que una le da a ese familiar un poco lascivo para evitar tener contacto con él más abajo de la

cintura. Con la mirada nublada por las lágrimas, lo vi alejarse por la calle y desaparecer en dirección al metro.

Me sentía demasiado frágil para viajar en transporte público, de modo que me apresuré hasta la acera en busca de un taxi. Pasaron dos coches que me salpicaron agua de las alcantarillas, fría como el hielo, en las piernas, pero no me importó lo más mínimo. Permanecí allí de pie, quieta, temblando, hasta ver una luz amarilla acercarse y detenerse un poco más adelante junto al bordillo. Cuando me dirigía hacia él, la endeble estructura metálica de mi paraguas cedió y se volvió del revés. Lo tiré a la acera (utilicé mentalmente el término «pavimento», puesto que ahora era una londinense de pro), abrí la puerta y me metí dentro del coche pensando que, pasara lo que pasase, aquella noche no podía ir a peor.

Sola, llorando y sintiéndome como un trapo sucio, decidí llamar al chico del lavabo. Pero cuando eché un vistazo a mi mano, estaba empapada, y la tinta se había corrido y me había manchado toda la camiseta, que era blanca. No cabía la menor duda: me habían echado un mal de ojo. Saqué mi teléfono móvil y encontré tres mensajes de texto de Victoria, que me preguntaba cómo habían ido las cosas. Marqué su número y empecé a sollozar desconsoladamente en cuanto descolgó.

—Cielo, lo siento muchísimo —dijo—. Voy de camino a casa, nos vemos dentro de veinte minutos.

Le indiqué al taxista que se dirigiera a Hoxton.

—Quizá Patrick tenga razón. Quizá debería regresar a casa —dije, arrastrando las palabras, mientras me metía entre pecho y espalda otro chupito de Absolut Mandarin.

Habíamos desenterrado una botella momificada del congelador nada más entrar en casa. El vodka dejaba una estela de fuego en mi garganta y anhelaba secretamente que, al llegarme al estómago, acabara por aplacarme el dolor que sentía.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a dejar que la ruptura con este tipo te eche de la ciudad? ¡Eres demasiado fuerte para eso! ¡Y a los del *Independent* les han gustado las ideas que les propusiste! El editor dijo que quería invitarte a tomar unas copas, ¿no?

Victoria me sermoneaba mientras vertía cucharadas de helado Häagen-Dazs de pastel de queso con fresas, mi preferido, en una taza con las letras «Sex Bomb» serigrafadas y me la entregaba. Me estaba atiborrando de helado y llorando a moco tendido mientras me ponía tibia de alcohol. ¡Por el amor de Dios: era un cliché con patas!

—Sí, pero todavía no hay ningún contrato a la vista; sería trabajo de *freelance*, sin un sueldo fijo —contesté—. No tengo trabajo estable ni amigos, ni casa, ni dinero —proseguí, removiendo el helado en mi taza y observando cómo se derretía—. Además, ¿por qué demonios me iban a encargar escribir una columna semanal sobre relaciones sentimentales cuando mi vida amorosa es un completo desastre?

—Me tienes a mí, así que el tema de los amigos está solucionado —rebatí ella, sirviéndome otro chupito y entregándome una servilleta—. Eres una escritora con talento. He leído lo que escribes. Y, además, no te piden que seas experta en relaciones, sino en sexo, ¿no es cierto? ¡Pues sólo hace falta salir a buscar más material!

—Es lo último que me apetece hacer ahora —dije, sonándome la nariz—. Nunca conoceré a nadie como Patrick. Era tan encantador, tan cortés.

—Te sostenía la puerta, Cat, pero, sinceramente, en las pocas ocasiones en las que he coincidido con él, me sorprendía que fuera tan inmaduro y malhumorado. Además, es evidente que tenía la profundidad emocional de un charco. —Hizo una pausa y se sentó en el brazo de la butaca de la sala de estar, que estaba hecha jirones, para poder abrazarme—. Además, cariño, te dejé mediante un mensaje de correo electrónico. ¿Te parece eso cortés?

—Bueno, el caso es que sigo sin tener casa, y no puedo seguir instalada en tu sofá. Ya has sido demasiado amable conmigo. Echaré de menos este sitio, aunque te parezca mentira.

Victoria tiene la sala de estar más pequeña del mundo, pero es encantadora, muy acogedora. Las paredes están forradas de estanterías que, sobre todo, contienen guías de viaje que cubren todo el planeta, desde Cuba hasta las Maldivas y Vietnam. A decir verdad, tiene mucha suerte, porque está subarrendada de forma ilegal. Aunque el hecho de que el propietario dejara dos extintores de incendios colgados de la pared del dormitorio tal vez sea un indicio de que el piso no está muy bien acondicionado.

—Escucha, Jennifer se traslada dentro de cinco días a casa de su novio. ¿Por qué no te mudas tú aquí? Es muy barato, aunque la habitación de Jen tenga el tamaño de un armario.

Regresar a Manhattan y suplicar que me devolvieran mi antiguo trabajo no iba conmigo. No me marcharía de Londres hasta haber conquistado la ciudad por mis propios medios.

—Vaya, eso sería fantástico. ¿Estás segura?

—Segurísima. Iba a poner un anuncio en Craigslist y Asmallworld, pero quizá sea una señal del destino, quién

sabe. Sin embargo, debo advertirte de unas cuantas cosas: no tenemos presión de agua y el agua caliente es limitada.

—Sí, ya sospechaba que la única cosa menos fiable que los hombres de esta ciudad es tu calentador.

De hecho, cuando me duchaba, de la alcachofa sólo salía agua a dos temperaturas: o congelada, o hirviendo.

Victoria empezó a repiquetear con los dedos.

—No se pueden fregar los platos y poner la lavadora al mismo tiempo, porque el fregadero se llena de agua turbia. Las ventanas no cierran bien. El radiador de tu habitación no puede apagarse del todo. Ah, y tenemos un pequeño problema de roedores.

—¡Basta! —dije, alzando la mano sin poder dejar de reír—. No quiero saber más. Me la quedo. —Me puse de pie—. Y me voy a ir de copas con el editor dentro de un par de días. Si tengo que sorprenderlo con mi primera propuesta para la columna sobre sexo, será mejor que piense en un tema.

Victoria me miró y dijo:

—¿Por qué no hablas de algo atemporal, como, no sé, algo así como... cómo se enfrentan los hombres y las mujeres a las rupturas sentimentales?